

Díaz Serrano

Autocastigo del Sistema

POR LORENZO MEYER

EN 1174, Enrique II, rey de Inglaterra, se vio obligado a acudir a la tumba de Tomás Becket, quien fuera arzobispo de Canterbury, y someterse a la flagelación pública, es decir a la humillación, para expiar así la parte de culpa que le correspondía en el asesinato del arzobispo y apagar la ira y el escándalo causado por el brutal ataque de los partidarios del rey no sólo contra el arzobispo sino contra los valores de los creyentes.

La denuncia que hicieron la semana pasada la Secretaría de la Contraloría General de la Nación y la Procuraduría General de la República en torno a un fraude por 34 millones de dólares contra Pemex, y en la que se responsabiliza directamente al otrora poderoso Jorge Díaz Serrano, parece cumplir la misma función política que la flagelación del monarca inglés a la vez que abre, finalmente, el primer capítulo sustantivo de la tan nombrada pero aún no vista "renovación moral".

LA denuncia contra Díaz Serrano es un acto eminentemente político, no jurídico. Con su consignación, el sistema iniciará una nueva etapa en su autocrítica, pues con este paso se desnuda y se castiga voluntariamente delante de todos nosotros en espera de que el acto tan sin precedentes sirva para expiar parte de sus múltiples culpas y recobre algo de la legitimidad perdida. El sistema cometió un crimen muy grande, y ese crimen no son precisamente los muchos y añejos actos de corrupción, sino el haber llevado al modelo de crecimiento económico a un rotundo fracaso, a un callejón sin salida.

En esta misma columna se señaló ya que ante la magnitud del desastre era necesario, entre otras co-

sas, una acción espectacular para hacer creíble y dar contenido a la "renovación moral", elemento que el propio Presidente De la Madrid presentó como central en su esfuerzo por sacar al sistema político de la crisis en que lo habían hundido tanto la mala suerte como los indebidos manejos de su clase política. No se trata realmente de un problema ético como político: el sistema carece ahora de recursos para dar una satisfacción adecuada a las múltiples demandas mate-

riales que le presentan sus viejas bases sociales; entonces no le queda otro camino que ofrecer al mexicano común y corriente una satisfacción no material, psicológica, reconociendo y castigando los abusos más obvios de su pasado reciente. Afortunadamente, no sólo de pan vive el hombre.

NO se debe prejuzgar en torno a la culpabilidad de Díaz Serrano, pero sí se debe exigir, por fin, un juicio a fondo y un castigo ejemplar para quien o quienes resulten culpables. No es posible volver a la salida fácil, es decir, a la que se dio en el caso de León Bejarano. Tampoco podemos seguir tolerando que "todo el rigor de la ley" caiga en pequeños culpables, como fue el caso de Lidia Camarena, pues eso no haría sino cancelar definitivamente las posibilidades que aún pudiera tener el gobierno de mantener un mínimo de credibilidad ante el público. El cinismo cívico, que en México tiene raíces muy profundas, se haría aún más grande, si es que cabe tal posibilidad.

El momento en que el sistema se decide a denunciar y sacrificar a uno de los suyos no parece haber dependido del azar. La frustración que ha causado un aumento salarial de apenas 15%, frente a una inflación que se calcula será superior a 80%, ha dejado al gobierno actuando y hablando en medio de un gran vacío; cosa inusitada, hasta la propia burocracia federal da muestras de indisciplina e irritación. Por varias semanas los sindicatos independientes han llenado las calles del centro de la ciudad para echarle en cara al poder sus errores, y reclamarle —sin mayor éxito— una respuesta a las demandas de aumento salarial. El silencio, la indiferencia, fue la única contestación al enojo. Es obvio que esa no es una estrategia viable a largo plazo.

Consciente, creo yo, del peligro que representa la expansión de ese vacío entre los gobernantes y los gobernados; consciente también de la imposibilidad de llenarlo con medidas populistas del pasado —cuando había algún excedente— el Presidente trata de retomar la iniciativa para volver a establecer algún contacto significativo con la sociedad. Esta vez el medio para lograr tal fin es proponer

Díaz Serrano

Sigue de la página siete

el castigo de uno de los más altos funcionarios de la administración pasada; administración que prometió la abundancia general pero que en un acto de gran irresponsabilidad sólo parece haberla logrado para ella misma o bien, no hagamos juicios apresurados y esperemos a ver el final de este drama, que a lo mejor es el primero de una serie. Confiamos en que, después de todo, algo bueno pueda quedar de entre los muchos males que nos trajo y traerá aún la crisis: un gobierno que cambie viejas reglas del juego para volverse más honesto, más responsable y, sobre todo, menos prepotente.